

Manifiesto del II Congreso Maximalista 2025

Manifiesto del II Congreso Maximalista 2025

Vivimos una verdadera crisis de civilización que pone en contradicción el desarrollo económico y el desarrollo humano
En el centro de la agonía está la devaluación del trabajo humano
Cuando el trabajo se devalúa, no sólo se empobrece y se vuelve hostil el modo de trabajar, es el modo de vivir entero el que se torna cada vez más deshumanizante
Conquistar el trabajo, organizarse colectivamente para trabajar y vivir con sentido es el cambio necesario en nuestras manos para hacer posibles vidas mejores
En las grandes crisis de civilización no es el centro el que genera las alternativas, sino las periferias. Y hoy no es periferia sólo el trabajo sino el rural europeo y mediterráneo
No hay soluciones escritas ni un plan detallado que imponer a la realidad, sino un modo de trabajar y vivir por desarrollar y de cuya experiencia aprender

Vivimos una verdadera crisis de civilización que pone en contradicción el desarrollo económico y el desarrollo humano

Se manifiesta como una serie de desequilibrios materiales que, en todo el mundo, lastran la evolución social y erosionan, cuando no niegan, los efectos positivos del crecimiento sobre el conjunto. Vuelve la pobreza laboral acompañada de una concentración nunca vista de recursos en monopolios casi globales; el territorio y lo rural se vacían mientras las ciudades llegan a un punto de criticidad por saturación; una crisis demográfica ya innegable acompaña a una crisis ecológica y climática de largo aliento.

La inadecuación ante todo ésto del modo de organizarse socialmente, producir y vivir que había servido para impulsar el crecimiento y estabilizar la sociedad, desarticula instituciones colectivas, arruina vidas, reduce el impacto de los descubrimientos más prometedores y descarrila la utilidad social de los avances técnicos más impresionantes.

Incapaz de comprender las causas y generar una salida colectiva a esta crisis de fondo, la vida social se cubre con una pátina de atomización, pasividad, hastío y desesperanza.

Las conquistas humanas más impresionantes alimentadas por la Ciencia en los últimos siglos -de la Medicina a la Física- son rechazadas por una parte creciente de la sociedad que sencillamente pasa a no «creer» en ellas y se sumerge en un irracionalismo extremo y oscuro. La unidad e igualdad básica de toda la especie humana es negada por una explosión identitaria que apenas oculta un subjetivismo nihilista y delirante. Cada vez más la guerra o, al menos, su preparación, se proponen como el único horizonte colectivo posible.

Bajo el ruido de una cultura que expresa la normalización de la inhumanidad, hay una sociedad que no encuentra propósito en el modo de vivir que la organiza.

En el centro de la agonía está la devaluación del trabajo humano

El trabajo es la acción colectiva de la sociedad y la especie, el acto permanente de producir lo que cada sociedad necesita para sostener no sólo sus estructuras sino, sobre todo, a sus miembros y los recursos que utilizan para desarrollarse.

El trabajo es la acción humana coordinada y con sentido que nos eleva por encima de la supervivencia inmediata y genera conocimiento, la medida de los avances y potencialidades de nuestra especie. Por eso la organización social del trabajo es el sentido primario de las distintas estructuras sociales que la Humanidad ha creado. Y por lo mismo, devaluar o negar el trabajo socava las bases de cualquier sociedad humana.

Sin embargo, devaluar el trabajo es el primer reflejo del sistema económico cuando encuentra un tropiezo. Y cuando los tropiezos se fueron sucediendo a lo largo del último medio siglo, llegó a convertirse en el modo de vida del sistema.

Por eso el crecimiento económico y el desarrollo humano parecen hoy contradictorios: porque se ha convertido en fe que sólo devaluando el trabajo - y por tanto la vida de los que trabajan- puede mantenerse el crecimiento. Y que el crecimiento y sólo el crecimiento, se consiga como se consiga, impulsará de nuevo el desarrollo.

Pero ni el crecimiento del consumo puede asimilarse sin más al desarrollo humano, ni un sistema dopado por la devaluación del trabajo puede sostener indefinidamente un consumo que satisfaga las necesidades materiales y culturales básicas de todos, ni siquiera de la gran mayoría.

No es una mera cuestión de concentración industrial. Las deslocalizaciones masivas de los noventa contribuyeron a la devaluación del trabajo de una forma contundente, pero no fueron su causa. Incluso si se revirtiera de alguna manera el proceso, si como pretenden trumpistas y eurócratas, se «repatriásen» industrias deslocalizadas y se desarrollaran las industrias de armamento en una nueva deriva militarista, lo que «volvería» a EEUU y Europa sería una nueva oleada de inversiones hiperconcentradas, no las grandes plantillas con buenos salarios y las ciudades-fábrica de la era industrial. La atomización y precarización del trabajo no es contradictoria con la sobre-escala de capital, sino su resultado.

La revalorización del trabajo no puede ser ya el resultado de un aumento de la intensidad del capital como en el siglo XIX. Como tuvieron claro los teóricos y arquitectos de la globalización, en los países de capitalización media y alta, la incorporación de nuevas tecnologías puede bajar precios, pero a medio plazo reduce necesariamente la participación del trabajo en la renta total y a largo el valor del trabajo sin más... lo que ni siquiera resulta alentador para las perspectivas comerciales en el mercado interno. De ahí las fantasías de una renta universal ahora rescatadas con los debates sobre la IA: la propia industria se preocupa al ver caer su base de consumo y tener que competir por un mercado interno cada vez más estrecho y básico.

El giro de la comprensión de la centralidad del trabajo en la calidad y el modo de vivir a la perspectiva del consumo es una trampa de ilusionista. Ha confinado a generaciones enteras en la pasividad y el aislamiento, sin capacidad para soñar siquiera salidas colectivas. No es de extrañar que la Salud mental crezca como problema de época. Pero sobre todo, el consumo-centrismo ha servido para justificar el desmantelamiento del bienestar básico común que había sido fruto de los sistemas universalistas. Ha cubierto la beneficencia estatal de último recurso con la impudica capa de una «Justicia Social» tan vacía como la «Justicia Territorial» y la «Justicia Climática» que le sirven de coro.

Tapar goteras no es tapar vías de agua.

Cuando el trabajo se devalúa, no sólo se empobrece y se vuelve hostil el modo de trabajar, es el modo de vivir entero el que se torna cada vez más deshumanizante

Las formas y la gravedad varían en cada lugar y contexto. Mientras en el Sur de Europa la devaluación del trabajo mantiene a la mayoría de los jóvenes en casa de sus padres hasta más allá de los treinta años, infantilizándoles, atomizándoles y privándoles de un desarrollo personal sano; en Rusia y Ucrania les arranca de sus casas para sacrificarlos como consumibles de guerra, y en Bangladesh o Vietnam para encadenarlos a una máquina de coser en una ratonera.

En todos lados, el trabajo está en el centro de todo lo social y comunitario, pero se ha convertido, a base de ser devaluado sistemáticamente, en una periferia hostil, muchas veces inalcanzable, de una vida cada vez más difícil y ajena a sus protagonistas.

Para todos ellos y para la sociedad en su conjunto, el primer reto para tomar las riendas de su propio destino y recuperar un modo de vivir realmente humano, es conquistar el trabajo.

Conquistar el trabajo, organizarse colectivamente para trabajar y vivir con sentido es el cambio necesario en nuestras manos para hacer posibles vidas mejores

Sin apropiarnos de las condiciones de nuestro propio trabajo no recuperaremos la perspectiva de lo social ni el espíritu de comunidad.

La corriente lleva a una catarata, no hay futuro en dejarse llevar. Hay que remar juntos para salir del cauce principal alcanzar la orilla.

En las grandes crisis de civilización no es el centro el que genera las alternativas, sino las periferias. Y hoy no es periferia sólo el trabajo sino el rural europeo y mediterráneo

En los periodos de crisis de Civilización el centro es tormentoso y agitado, regurgita ideología y discursos que se vuelven inevitablemente divisivos. Al concentrar las contradicciones de una época, crea nuevas ideas sin parar pero es incapaz de cuajar alternativas porque las tensiones internas ocupan todo nuevo espacio que surge.

Si miramos a la Historia del Mediterráneo y de Europa, es en las periferias, en la ruralidad y en los nuevos grupos sociales que la buscan, donde se incubaron, antes de cada salto civilizatorio, las relaciones, los modos y las formas del mundo que venía.

Los colonos que pusieron a producir de nuevo el campo en la Antiguedad tardía, o los «pies polvorrientos» que inauguraron las rutas de comercio terrestre europeas y alentaron las primeras ciudades medievales, fueron vistos por sus contemporáneos como fenómenos exóticos y relativamente marginales, pequeños grupos sociales a la fuga que ya volverían cuando las cosas volvieran a funcionar como siempre lo habían hecho.

Sin embargo, mientras la sociedad de la que habían nacido se consumía en interminables y batallas ideológicas y guerras, ensayaron nuevas formas de trabajar y vivir que esbozaron, andando el tiempo, un nuevo entramado de relaciones sociales.

Hoy, en el centro, las grandes ciudades globales y sus instituciones de pensamiento (universidades, consultoras, think tanks, medios de comunicación...) han hecho del trabajo algo periférico dentro del relato social. Ante las estrechuras de la otra «clase media» y los precarios, hablan de «problemas de precios» en vez de señalar la caída de las rentas del trabajo; sueñan con que la IA haga innecesarias ramas enteras de trabajadores; e insisten en alimentar la forma última de consumismo individualista: el identitarismo.

Hoy además, Europa y el Mediterráneo Occidental vuelven a ser periferia. Y en ella, los territorios rurales representan un «más allá» supuestamente vaciado y agonizante, un retrato de Dorian Grey confinado en el trastero del que se teme devuelva una imagen monstruosa.

Pero, visto con nuestros ojos, un mundo rural envejecido y malamente digitalizado, descolgado del crecimiento de rentas de las grandes ciudades en red, línea de frente de la crisis demográfica y de la medioambiental, es el escenario más propicio hoy para la conquista del trabajo y el desarrollo de nuevos comunales digitales y de conocimiento.

Eso sí, trabajar por la conquista del trabajo y la construcción de nuevos comunales digitales y materiales en las periferias rurales no es la alternativa inmediata a la crisis de civilización, sino una forma constructiva de llegar a ella. No es la única forma de llegar a ella y, sin duda, necesita de un correlato propio en las ciudades.

Y desde luego, no es el camino dorado que conduce al arcoiris y las maravillas del mundo de Oz. Es una oportunidad que reclama arriesgarse, trabajar duro y saber resistir a la frustración tanto como cualquier proyecto colectivo en una época como la nuestra.

No hay ni certeza ni premio seguro.

No hay soluciones escritas ni un plan detallado que imponer a la realidad, sino un modo de trabajar y vivir por desarrollar y de cuya experiencia aprender

En el camino vemos y usamos ya herramientas y nuevas formas cooperativas, de organización comunitaria y de propiedad compartida, de emprendimiento colectivo y de aprendizaje. Pero sobre todo vivimos ya, aquí y ahora, un mejor modo de vivir, más útil socialmente y más enriquecedor personal y colectivamente, que lo que nos deparaba un trabajo devaluado en unas ciudades saturadas expresión de una civilización en crisis.

Es a ese modo de vivir, con el trabajo en el centro y el espíritu de comunidad en cada hacer, a lo que invitamos a inconformistas e inquietos dispuestos a conquistar el trabajo para sí mismos y la comunidad.